



Rosas
de
Mayo

mfn 60150

435

E86

V48

UNIVERSIDAD DE CUENCA



ROSAS DE MAYO



CUENCA - ECUADOR

1979

UNIVERSIDAD DE CUENCA

PORTICO
R O S A S

D E

M A Y O

CUENCA—ECUADOR

1979

UNIVERSIDAD DE CUENCA

ROSA

DE

OMAYMA



PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO DE DIFUSION CULTURAL
UNIVERSIDAD DE CUENCA — TALLERES GRAFICOS

CUENCA--ECUADOR

1979

PORTICO

Nuevamente, en este mayo de 1979, está la Universidad a las plantas de la Reina de la Sabiduría. Mas, este "estar" no es un gravamen de lo tradicional. En la hora actual del mundo —ideas, cosmovisión— no tendría sentido añadir una cuenta más a la colección de lo repetitivo, al acervo de un pasado que amarillea por inmóvil y que desvanece su esencia. Por el contrario, es un "estar" trascendente, es una posición histórica basal y que tiene la virtud de ser siempre coetánea y dinamizadora del futuro. Tradición e historia se separan allí donde la segunda inicia la construcción crítica y la vertebración de una sociedad, de un pueblo. En este sentido, la Universidad, como permanencia e institución, no es únicamente la mera secuencia de planos culturales que se yuxtaponen sin más ordenador que el transcurrir del tiempo, es una edificación socio-cultural histórica y permanente que, si bien toma sus materiales del pasado, vive y se desarrolla. Por tanto, sus actos y vivencias están urgidos por una identificación plena tanto con el resultado histórico-crítico como con el programa de nuestro tiempo.

El culto mariano del universitariado cuencano se inscribe en esa esfera y no es meramente tradicional. Al co-

menzar en 1904, nació enraizado en el suelo fértil de la inteligencia de pensadores, escritores y poetas cuencanos que, desde la colonia y luego en el siglo pasado, filiaron el conocimiento y el método del conocer en el hontanar divino de donde mana la sabiduría y la verdad. Mas que ingenua devoción, la actitud mental del maestro y del estudiante cuando apelan a un orden superior, a una concepción jerárquica del ser y del existir, constituye una noble explicación del misterio del universo, del hombre y su destino; actitud que hoy, vencidas la intransigencia religiosa y su opuesta la fobia a lo confesional, la respeta el no creyente como ejercicio primordial de la libertad.

Y es eminentemente universitario el quehacer intelectual que filosofa y trata de explicar el universo y el hombre. El Cristianismo, es a su vez, una explicación de ello fundamentalmente en la razón teológica. De ahí, un inevitable y fructífero nexo.

El Cristianismo ha sido una constante apertura para el trajinar del hombre, futuro adentro; y exhibe en la Virgen María la inextinguible y siempre nueva referencia de los absolutos valores. Y hoy, cuando el mundo parece ahogarse en el hórrido mar de lo relativo; cuando una brutal axiología que halaga lo epidérmico y sensorial del hombre parece entronizarse en el centro de su comportamiento; es más necesaria la presencia y luz de esta inigualable Estrella Polar.

El nexo de la Universidad con la Virgen María —en un contexto cristiano-universitario— no es pues sólo tradicional o simplemente histórico. Es permanente. Que no se diga, entonces, que una vez al año vestimos el comodón y

pintoresco traje mariano en afán de remembranza romántica. Que no sea, aún para los creyentes, la huera solemnidad con la que encubrimos la fuga de los valores trascendentales y el dulzón zumbiar del pasado muerto.

Veamos el por qué de la acción permanente de tal nexo:

El ángel Gabriel dijo a María "Dios te salve, llena eres de Gracia". Según Romano Guardini, el saludo del ángel traducía la noción divina, la exactitud con la que el Padre Creador comprende a la más perfecta de sus criaturas, a aquella que albergó en su seno al Dios-Hombre, desde el comienzo mismo de su entrada en la historia del hombre. Nótese que en el pórtico de la salvación, en la anunciación, es el concepto de la Gracia el que inunda el mundo con la corporalidad del Hijo de Dios. O sea, porque la perfecta criatura que es María es y está llena de Gracia se realiza la Encarnación. El inmenso y puro seno en el que Dios a sí mismo se contiene, se duplica en la delicada y también pura entraña de la Doncella y, mediante Ella, por traslación del Gran Amor, se realiza también la encarnación del Verbo en la humanidad toda.

Don tan importante, se posibilita por la plenitud de Gracia que esencializa a la Virgen de Nazareth. Mas, ¿qué es esto de la "Gracia Plena" y por qué es sustantiva en el ser de María?

Por la Gracia, el hombre es distinto de todos los demás seres vivientes. Es alma y pensamiento, está en tránsito de conocer a Dios que es el supremo de los conocimientos.

Por la Gracia, el hombre cumple su pensar y sentir con

motivaciones y finalidades que rebasan lo meramente biológico y temporal. Se encumbra en la potencia espiritual desde la que sustenta inteligentemente y cordializa la existencia viva y siempre presente de Dios.

Por la Gracia, el hombre es sociedad, es historia, es destino que mancomunándose desde su primera presencia en la tierra marcha, las más de las veces vacilante, en ascenso a Dios.

Por la Gracia, en fin, el hombre es factor de su intramundo, allí donde enciende sus más límpidas estrellas, donde acuna sus más nobles empeños, donde fabrica minuto a minuto el logro de su esperanza —lo sepa o nó— la Esperanza en Dios.

Y, María es llena de Gracia. Por ello es la Madre de Dios.

Porque María es llena de Gracia es, muy especialmente, Señora y Madre de la Universidad. Si es que la Universidad es alma y pensamiento, si es un conocer elevado; si es un taller donde el hombre afina su sentir y percibir, si es el medio que le proyecta como valor, si en ella aspira a mejorar, a ser un bien actuante, a personalizarse con las esencias sembradas en su posibilidad; si la Universidad y el afán del hombre universitario son esto y mucho más, que sí lo son, entonces María es la Señora Universitaria, porque ya hemos aceptado que la Gracia, don de Dios, encierra los atributos divinos de conocimiento y sabiduría; y de ella, de la Gracia, está plena la Virgen María.

Así lo comprendió la Universidad desde su nacimiento

arismo. Cuando apareció como luz magnífica en el Medievo, la hizo como desprendida de aquella otra altísima Luz de la Gracia Mariana.

La Universidad de Cuenca, para legítima honra y prez, también invocó e invoca esta realidad mariana. Lo hizo, y es un bello pasado; lo hace con un amor insoslayable; y, lo hará, en la búsqueda de su renovación y reforma de las que está tan empeñosa, porque María es la fuente límpida de la que manó Dios hecho Hombre, supremo Saber y Conocer. Y Dios con la Gracia construye el hombre nuevo, es su innovación permanente. Y, María, su Madre, es plena de Gracia.

Todo lo dicho y mucho más pensaron y sintieron los hombres universitarios cuencanos que entronizaron a María en su Cátedra más alta. De ello, queda la hermosa huella que resplandece en el pensamiento teológico, filosófico y poético. En mayo del año pasado, la fiesta universitaria mariana publicó una antología que abarca setenta y cinco años de hondo pensar, de bello decir, de filial y agradecido amor. Hoy como una demostración de la raigambre universitaria mariana en un puro y sincero antecedente, se entrega esta antología que revelará que la meditación religiosa de carácter elevado y vestida de las galas estéticas fue una preferente ocupación intelectual de quienes en esta tierra morlaca aunaron lo más noble de la existencia al orden intemporal, a la dulzura maternal de la Virgen María.

Esperemos que las referencias cristianas y marianas estén también presentes en la Universidad cuencana del futuro. El haberlas tenido como una luminosa guía en la búsqueda del saber, formó hombres y mujeres que construyeron la sobresaliente personalidad intelectual y moral de esta ciudad

del pensamiento: De seguro que la Virgen María así lo propiciará, porque como dijo un bardo cuencano al concluir su poema, allá en mayo de 1876:

“Señora! bien conoces
Que la merced pedida
En una despedida,
Se cumple con amor...”

José Cuesta Heredia.

ADIOS AL MES DE MAYO

Adios con mis amores
 Pasaron ya los días
 Tus dulces canciones
 Pasaron ya los días
 Tu amor por tanto tiempo
 No pasará lo juré
 Que más amante y puro
 Sabré guardarte bien

Adios, ufano Soy
 Que a mi ciudad serví
 Y en el año todas
 Vuestras cosas oí
 Venid, aun de vosotros
 Hoy en la ciudad

R O E S I A

Adios, oh bella rosa,
 Honor gloria de Mayo
 Tu color hoy tan gayo
 Mañana morirá
 No así, ¡Madre querida!
 La venturosa llama,
 Que tu mirada inflama,
 En mí se apagará.

Adiós, alba azucena
 ¡Del sura favorita!
 Tu frente ya manchada
 Veo ¡ay! ¡destallada!

ADIOS AL MES DE MARIA

Adiós ¡oh mes amable!

Pasaron ya tus días,

Tus dulces alegrías

Pasaron ¡ay! también.

Tu amor ¡oh cara Madre!

No pasará, lo juro,

Que más ardiente y puro

Sabré guardarle bien.

Adiós, ufanas flores,

Que a mi piedad servías,

Y en el altar lucías

Vuestro vivaz color;

Venid, aún de vosotras

Haré mi pia ofrenda,

Tal vez así os defienda,

Del hado destructor.

Adiós, oh bella rosa,

¡Honor gloria de Mayo!

Tu cáliz hoy tan gayo

Mañana morirá.

No así, Madre querida,

La venturosa llama,

Que tu mirada inflama,

En mí se apagará.

Adiós, alba azucena

¡Del aura favorita!

Tu frente ya marchita

Veo ¡ay! ¡desfallecer!

Nó muera ¡oh Virgen santa!
Su imagen halagüena,
En mi pecho risueña
Contéplala crecer.

Adiós ¡oh templo amado,
De mi piedad testigo!
Bajo tu augusto abrigo
¡Cuánto placer probé!
Tú guardas mis sollozos
Mi suspirar conoces,
Y en mis amantes voces
Sabes a quien nombré.

¡Adiós, lumbres hermosas,
Cual perlas relucientes!
¡Adiós, cantos fervientes
De inmensa devoción!
Adiós, placeres santos
Huistes ¡ah! cuán lejos;
Mas vuestros dulces dejos
Guarda aún mi corazón.

Adiós, excelsa Reina,
Tu fuiste mi esperanza,
En mi fatiga holganza,
Consuelo en mi dolor.
Adiós, bendita Madre,
Te dejo en fin mi vida;
Adiós, prenda querida,
¡Adiós, mi bien, mi amor!

Cuenca, mayo 30 de 1874

A MARIA SANTISIMA

En la Solemne conclusión del mes de Mayo
Celebrado en la Iglesia de la Concepción.

DESPEDIDA

Señora esta campana
Que hoy da su alegre acento
De Mayo al postrer viento
Te expresa nuestro amor
Mas ¡ay! tú bien conoces
Que va cada tañido
¡Llevándose un latido
De nuestro corazón...!

¡Oh! quién, ¡oh! quién nos diera
Que nunca el sol de Mayo
Con pálido desmayo
Muriera en el confín...!
Mas, ¡ay! que ya se inclina
Tras la azulada cumbre,
¡Adiós, hermosa lumbre
Del sol que va a morir...!

Señora, Mayo acaba,
Quién sabe si la vida
Esté tal vez unida
¡Del sol a la áurea luz...!
Tal vez cuando retorne
De nuevo el mes amado,
Habremos doblegado
El cuerpo a un ataúd...

Entonces, ¡ay! vacíos
Al pie de tus altares,
Verás nuestros hogares,
No oirás nuestra oración;
Que entonces de los labios
De amigos que tuvimos
Por los que ya morimos
Escucharás la voz.

¡Señora! bien conoces
Que la merced pedida
En una despedida,
Se cumple con amor . . .
¡Adiós! ¡Madre del alma . . .!
solo en tu amor confiamos
Viajeros que avanzamos
Hacia la tumba . . . ¡Adiós . . .!

Cuenca, mayo 31 de 1876

MI POBRE OFRENDA

A María

Las frescas brisas de tu mes hermoso
Te dan aromas que a su paso encuentran;
La tortolilla del vergel frondoso
Te da sus quejas.

Sus misteriosos lánguidos murmullos,
El arroyuelo límpido te ofrenda,
Y entre el ramaje, plácidos arrullos
La torcaz tierna.

El jilguerillo de color variado
Melifluos trinos del rosal te eleva,
Y llevan flores a tu altar, del prado,
Las zagalejas.

La cumbre, el valle, la sonora fuente,
El sol de mayo, la azulada esfera,
Y el cielo mismo, para ti, ferviente,
Tiene su ofrenda.

Y mientras todo sin cesar conspira
Para mostrarte gratitud eterna,
No, Madre amada, no será mi lira
La que enmudezca.

Mas ¡ay! sus sones, con angustia tanta,
Yo temo, Madre, que al brotar perezcan,
Pues tú sabes que mi musa canta
Por vez primera.

No importa: aún tengo para ti, María,
Don más hermoso, más preciada —ofrenda,
Admite ¡oh Madre!— que es el alma mía,
Pura y eterna.

Cuenca, 30 de mayo de 1887

V. Octavio Cordero

A MARIA

¡Oh! Madre, Madre mía,
Inspiración de mi ardorosa mente,
¡Mi amor, mi poesía!
Acógeme clemente
Hoy que consagro a ti, mi laud ferviente.

¡Oh! Madre, blanca estrella
En las noches de mi alma combatida,
Tú eres la áncora bella
De mi nave perdida,
¡Faro de salvación, puerto de vida!

Ni el remo del marino,
Ni el arpa que me diste ingrato dejo
¡Final de mi camino!
De tu luz al reflejo
De las playas del mundo ya me alejo.

En alta mar bogando
Alzo hacia ti mis ojos con anhelo,
Marinero, cantando
He de arribar al cielo,
Porque en tu protección busqué consuelo.

Cuenca, mayo 27 de 1889

Rosendo López

A MI MADRE

Yo he pedido a las aves
Su canto no aprendido y melodioso
A los arroyos suaves
Su murmullo armonioso,
Y al viento su perfume vigoroso;

Mas todos me responden
Que ignoran el idioma del tormento:
Y las aves se esconden
Y me niegan su acento;
Y ante mi cruel dolor huye hasta el viento.

Por eso, Madre pía,
Dulce ilusión que mi existencia encantas,
El ¡ay! del arpa mía
Postrado ante tus plantas
Vengo a ofrendarte, porque tú levantas.

Al bardo peregrino
Al templo de la gloria que anhelante
Persigue en su camino.
Tuyo es ¡oh! Madre amante
De hoy más mi corazón y amor constante.

Rafael Aguilar

Cuenca, mayo de 1889



EL HUERFANO

Huérfano el corazón, huérfana el alma
En pos de amor a tus altares vengo;
¡Madre del corazón, Madre bendita,
Dame consuelo!

Solitario en el mundo ¡sin mi madre! . . .
Sin corazón, sin vida, nada tengo,
Nada tengo, mi mundo de ilusiones
Quedó deshecho.

Acógeme a tus plantas, tú que amparo
Nunca niegas al triste, tú que el duelo
De la orfandad conoces, no deseches
Mi llanto acervo.

No deseches mis ayes, Madre mía,
No desatiendas mi doliente ruego:
Yo no quiero ser huérfano, Amor mío
¡Llévame al cielo!

Cuenca, mayo 27 de 1889

Luis T. Crespo

A MARIA

Anhelando mi amor alguna ofrenda
Vuelvo el mirar doquiera, Madre mía,
Y sólo encuentro en mi desgracia impía,
Los despojos marchitos de una flor,
Que me brindaba pródiga inocencia,
En la aurora feliz de mi existencia,
En esa edad de plácida ilusión.

Aquella edad pasó como la brisa
Que abriendo de las flores los capullos,
Al arpegio de plácidos murmullos
Surca veloce para no volver.
Edad bendita en que inundaba el alma
En la esplendente luz de la ventura
Se lanza a las regiones donde pura
Brillando se halla luminosa fe.

Desparecieron pronto esas delicias
Al disiparse el iris de mi infancia,
Y esa mi flor de divina fragancia
Marchita, al fin su cáliz abatió;
Y como estaba sólo entre zarzales
Halló su tumba en la punzante espina,
Deshecha su corola purpurina
Para siempre marchita sucumbió.

¡Ay! volaron mis horas infantiles
De sonrisa bañadas y de encanto,
Dejando a mi alma por herencia el llanto
Y a mi pecho sumido en el dolor.



Madre mía, si todo lo he perdido
Al pasar el albor de mi existencia,
Aún me quedan recuerdos de inocencia
Aún me quedan recuerdo de tu amor.

Cuenca, Mayo 29 de 1892

Miguel Vélez

MI LAMENTO

Bendita inspiración, dulce armonía
Derrama en mi laúd enronquecido,
Hoy que en las aras de mi fe rendido,
Quiero a mi tierna Madre celebrar.
No resuene por hoy el triste acorde
De mi doliente lira funeraria,
Que cual eco de brisa solitaria,
Murmurando en el viento va a expirar.

¡Madre mía! no ignoras que soy huérfano,
Escucha compasiva mi ferviente
Oración, y no quede indiferente
Tu ternura a los ayes de mi amor.
En mi doliente afán sólo te pido
Que arranques los abrojos a mi paso;
¿Que soy huérfano olvidas, Madre acaso,
Y que inspiro tan solo compasión?

Yo sólo se llorar Madre del alma;
Mas me queda tu amor, amor divino,
Fulgente luz que en medio a mi camino,
Siempre auyenta las sombras del pesar.
Nada tengo y por eso en abandono
Dejo caer mi sien junto a las flores,
Que en tus aras esparcen sus olores,
Gratas ofrendas del amor filial.

En ti confiado mi canción elevo;
Atiende mi plegaria lastimera:
La esperanza es la nota más sincera,

Para cantar los himnos de tu amor.
Piadosa acoge mi oración ferviente,
No muera cual el céfiro lloroso,
Cuyo acento se pierde silencioso
De la noche en la triste confusión.

Si al olvidar llego un día tus favores,
Si a olvidar llego mis ferviente votos;
Entonces de tu amor los lazos rotos,
Han de serme un recuerdo funeral;
Y en el silencio de mi pecho un día,
Al evocar de nuevo tu ternura,
No hallaría consuelo, Virgen pura,
¡Ay! tal vez ni tu amparo maternal!

Cuenca, mayo 29 de 1892

Eloy Abad

PLEGARIA

Herida el alma de muerte,
Lleno de angustia y dolores,
¿A quién volveré mis ojos,
Quién habrá que me conforte?

Tú, la Madre de bondades,
La de los míseros hijos
¿No tendrás misericordia
De quien te llama rendido?

Cuando el mundo entre tinieblas
Muerto, en el caos se hundía:
Hágase Jesús dijiste,
Y el mundo volvió a la vida.

Fue Jesús y huyó la muerte,
Vino la paz a la tierra,
Y la gracia y nuestra dicha
Brotaron como gemelas.

Mas Oh! portento inefable!
Dios mismo su Madre te hizo
Por nosotros que aunque ingratos,
Somos sus hijos queridos.

El te creó sobre todo,
Toda inmensa y poderosa,
Para ostentar su grandeza
En tu gran misericordia.

Mira, pues, que es honra tuya
Cuidarnos salvos al cielo,
Donde serás para siempre
Después de Dios nuestro premio.

Pregone el sabio entre tanto,
Que eres quien curas los males
Del infeliz que ha perdido
Por su culpa a Dios su Padre.

Ya el mal está hecho, Señora,
Y sin ti nos perderemos;
Por tus piadosas entrañas
No nos niegues el consuelo.

Ya que en lucha la malicia
Fiera, implacable nos urge;
Ve que a momentos vacilo
Cual cansada y mustia lumbre.

¡Oh! vuelve, vuelve tus ojos,
Refugio de atribulados,
A tus hijos que te imploran
De sus males el reparo.

Házlo así, ve que en mi cuita
Con toda el alma te digo:
Bajo de tu manto ampárame
Hasta mi último suspiro.

Juan J. Ramos

MI SALVE A MARIA

Los suaves trinos de Mayo
Con sus cadencias que encantan,
De otro tiempo me recuerdan
Las armonías lejanas,
Ofrendas de la inocencia
Música alegre del alma,
Notas de dulce concierto
De cítaras y de flautas.
Por doquier siento, María,
Como la piedad de canta,
Así en el suntoso templo,
Como en la pobre cabaña,
Mi Salve ¿cuál es mi Salve
En tu mes, Madre adorada?
¿La oración del desterrado,
Es acaso mi plegaria?...
Golondrinas que teneis
Vuestros nidos en mi casa,

¿Decidme si no es el llanto
La triste herencia del alma?
Flores del risueño huerto,
Arroyos de la enramada,
Corazones que sentís
De la inspiración la llama,
¿Decidme si no es mi vida
Una ferviente plegaria
Tú no ignoras, Madre mía,
Que es la vida cruel nostalgia
Del peregrino que al cielo

Va apoyado en la esperanza;
No ignoras que en mi sendero
Solo hay flores agostadas,
Marchitas por el estío,
Por el fuego de mis lágrimas;
Por esto, Virgen, recibe
Dolores, llanto, plegarias:
Único don de mi vida,
¡Única ofrenda de mi alma!

¿Recuerdas, Madre, recuerdas,
Los tributos que en mi infancia,
Con amor filial de niño
Ponia junto a tus aras?
Eran flores, eran nidos
Que encontraba en una palma,
Esperanzas que mi pecho
En sus sueños se forjaba.
Y ahora ¡oh Virgen de los cielos!
Consuelo del que te clama
Heme junto a tus altares,
Como oveja descarriada
Sin las galas de otro tiempo.
Sin las flores de la infancia;
Mas, sintiendo tu ternura,
De amor mi pecho te canta,
Señora, vuelve tus ojos
A los que tienen el alma
Con heridas que se curan
En el cielo, nuestra patria.

Al tornar de nuevo Mayo
Con sus hermosas mañanas,

Muere el dolor, y la dicha
Renace alegre y lozana.
Por esto, Madre querida,
Ya sin mis penas aciagas
Te consagro el amor mío,
Humilde ofrenda del alma,
Tesorera de los cielos,
Dulce Madre del que te ama,
Haz que mi ofrenda sencilla
Arome siempre tus plantas.
Zagaleja de mis valles,
De mis pajizas cabañas,
Torcaz que labras tu nido
Con el calor de las almas,
Has que hasta el último aliento
Nunca olvide mi plegaria;
¡Salve! Reina de los mares
¡Salve! ¡Reina de mi Patria!

Cuenca, mayo 23 de 1895

Antonio Pozo

A MARIA

Con voz tierna y ferviente
Hoy quisiera cantar bella María;
Quisiera dulcemente
Pulsar el arpa mía
Ensalzando tus glorias, Virgen pía.

Mas ¡ay! que el ronco acento
Que alcanza a modular mi humilde lira,
No tiene el sentimiento
De amor con que se inspira
El trovador que extático te admira.

Mas si a mi pobre canto
Inspiración le falta y noble aliento,
¡Oh Madre! ¡oh, dulce encanto!
¡Oh amor! mi pensamiento
No se aparta de ti por un momento.

Tú al que de afanes lleno
Contemplas de la vida en el camino,
Le muestras el camino
Edén de su destino
Y le dices: ¡Aliento peregrino!

Por eso, Madre mía,
Inebriando de amor y de esperanza,
Te imploro como al guía
Que muestra en lontananza
Un oasis de eterna bienandanza.

Por eso, Virgen bella,
¡Horóscopo feliz de mi ventura!
Eres la clara estrella
Que mi honda desventura
Consuelas, disipando mi amargura.

Cuando en huertos floridos
Soplan con furia vientos encontrados,
En el cuello tendidos
Quédanse destrozados
Los tallos de los lirios más preciados.

Así fue combatida
Mi hermosa juventud en su carrera,
Y con mi edad florida
Entre ayes, lastimera
Huyó por siempre mi ilusión primera.

Pero tú, Madre santa,
Eres cual fresco divinal rocío;
Si tu piedad es tanta,
Tu amor da al pecho mío,
Y en primavera torna el crudo estío.

Yo, en cambio, en tus altares,
Lleno de amor y gratitud ferviente,
Entonaré cantares;
Y si un lauro a mi frente
Ciño, desde hoy te ofrendo reverente.

Y, pues, en ti confía
Mi alma de luchas y de angustias llena;

¡Oh! dulce Madre mía,
Compadece su pena,
Dale tu amor, la tempestad serena,

Mas, si tal vez impío
Te he de olvidar, ¡oh Madre! a quien venero,
Que se ahogue el pecho mío,
En el dolor prefiero:
¡Que es bien que muera el que olvidó primero!

1896

José Miguel Rodríguez

A MARIA

Estrella de la tarde,
Airosa flor del día,
¡Salve! Virgen Maria,
¡Salve! ¡limpio fanal!
Me postro reverente,
Regando mis espinas
Entre flores divinas
Del cándido rosal.

Entre suaves tomillos
Que esparcen dulce encanto,
Oirás mi primer canto,
Emblema de mi amor;
Y, bien, quisiera, Madre,
Que a los lirios unido
Quedara, allí, perdido
Cual flor, mi corazón.

Risueño el mes de Mayo
Te ofrece sus primores,
Y canta tus loores
El ave del pensil,
Y cómo unir siquiera
Del mundo a la armonía
La tierna melodía
De una alma juvenil! . . .

Oh jóvenes católicos
Que amáis lo que engrandece,
Rendid a quien merece

Los sones de un laúd:
Alzad de vuestro pecho
Un himno a la esperanza,
Y unid en dulce alianza
La ciencia y la virtud.

Oh! Reina de los Andes,
Con maternal cariño,
Protege al tierno niño
Del lazo del error;
Confunde a los cobardes,
Humilla a los tiranos,
Pendiente de tus manos,
Es tuyo el Ecuador.

No puedo, como niño,
Cantarte, Madre mía,
Con toda la armonía
Que pide inspiración;
Ya que mi pobre lira
Su débil don te ofrenda,
Acepta como prenda
Mi amante corazón.

Cuenca, Mayo 14 de 1896

Miguel Romero G.

RECUERDOS

Pasó la dicha de mi edad primera,
Hoy ya no soy el mismo que antes fui:
El río manso, el bosque, la palmera,
La paloma torcaz, la enredadera
Distinto idioma tienen para mí.

Quisiera ver las blancas mariposas,
De flor en flor, volando en el jardín;
Como en las tardes de mi infancia, hermosas
Seguir las mientras huyen presurosas
Y fatigado, recostarme al fin.

¡Oh! infancia, nunca seas olvidada
Aunque venga la noche de otra edad;
¡Oh! juventud, por mi mal llegada
Que, de los besos de mi madre amada,
Me privaste con bárbara crueldad.

Se ama la infancia, sí, porque su manto
Cubre una alma vestida de candor,
Y tiene de inocencia el dulce encanto,
Algo del cielo, indefinible y santo,
Cual de la Virgen el divino amor.

Al sentir que ha pasado de mi vida
La primera de luciente Abril,
Busca consuelo al alma enternecida,
Busca ¡oh Reina! tu sombra apetecida
Y encuentra paz mi corazón febril.

Adiós, infancia a cuyos resplandores
Me despertaba el beso maternal,
Y en la voz de los dulces ruiseñores
No escuchaba, como hoy, cantos de amores
Sino cantos al Padre Celestial.

Nunca en la infancia penas existieron:
Reina, que fuiste mi primer amor,
Si unos años a otros sucedieron,
Si con ellos mis dichas perecieron,
De Ti privarme no podrá el dolor.

Del mustio sol al rayo postrimero
Te canto, infancia, con sentida voz;
Adiós, recuerdo de mi Amor primero
Que en el altar del corazón venero;
Horas benditas de inocencia, ¡adios!

Cuenca, Mayo 17 de 1896

Manuel S. Landín

ESPERANZA NUESTRA

En medio de los rigores
Que amargan la triste vida,
Y dejan el alma herida
Con los dardos del dolor;
Allí está en trono de nacar
Sonreída y encantadora,
La dulce Reina que adora
El católico Ecuador.

Es ella la que al mendigo
Compasivo da sustento,
Al huérfano da contento
En medio de su dolor;
Es ella la luz divina
Que a todo mortal alumbra
Y disipa la penumbra
Y las nubes del error.

Por eso, humilde y confiado,
Al ver que está combatida
En nuestra Patria querida,
La bendita Religión;
A María, Virgen pura,
Suplico en llanto deshecho
Que reine en mi pobre pecho,
Que reine en mi corazón.

Desde lo alto del Empireo,
Reina y Madre protectora,
Tú que das al que te implora

Remedios para su mal;
Escucha mi voz doliente
Al surcar la mar bravía;
Sé tú, mi norte y mi guía
De la vida en el erial.

Cuenca, Mayo 23 de 1896

U. CH. M.

LA ESCLAVA DE MARIA

Benditos lazos,
lazos de amor,
ciñenme el cuello
y el corazón.
tu esclava soy;
Dulce María
tu nombre en mi alma
grabólo Dios,
por eso alegre
cantando voy,
siempre a rendirte
mi pobre amor.
Habla gran Reina
yo oiré tu voz;
por tus mandatos
mi vida doy:
esclava amante
me hizo el Señor,
es tuya mi alma
y el corazón.

* * *

Es tan hermosa
¡dulce ilusión!
la casta Reina
que adoro yo:
viste luciente

claro arrebol,
su sien coronan
lamos de Dios;
huellan sus plantas
la luna, el sol,
y en sus pupilas
riela el amor:
por eso humilde
la alta Sión,
ante mi Reina
se cautivó,
feliz por eso
su esclava soy,
y eternos lazos
de eterno amor,
ante ella postra
mi corazón.

* * *

Cada mañana
naciendo el sol,
a sus altares
amante voy;
voy a rendirle
voto de amor,
mi fe sincera,
mi corazón.
Reina del alma,
Madre de Dios,

yo por servirte
mi vida doy;
rendida esclava
me hizo el Señor;
tu nombre en mi alma
dulce grabó;
por eso todos
saben que soy
doquier tu sierva
¡Reina de amor!
Saben que eterna,
fiel sumisión
al pie de tu ara
me cautivó.

Cañar, 30 de mayo de 1896



LA SALVE DEL PEREGRINO

A

NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

En el Segundo Centenario de su Aparición en la
Ciudad de Quito a 30 de Diciembre de 1696

Salve norte de frágil navecilla
Faro luciente del marino anhelo;
Salve esperanza tras el desconsuelo,
Salve solaz de tímida avecilla.

Tu sombra esparces sobre el peregrino
Que fatigado cursa este desierto;
¡Tú le conduces al deseado puerto
Por entre los abrojos del camino!

Tú sobre el prado llueves el rocío
Que se posa en el cáliz de las flores,
¡Tú mitigas del hombre los dolores
Y calmas la ansiedad del amor mío!

Bajo tus niveas plantas, Virgen pura,
Entusiasmado, dejo mis estrofas;
¡Tuyos son mi contento y mis congojas!
¡Madre de amor, de gozo, de ventura!

Yo te saludo con mi humilde trino,
¡Cual en el bosque, el ave solitaria

¡Eleva a los espacios la plegaria
Que escucha con placer el peregrino!

¡Oh! excelso manantial de inspiraciones,
Dulce recuerdo de mi infancia amada,
En tu pecho coloco mi morada
¡Oh Madre!, tierno imán de corazones.

Mira el pueblo de tu Hijo idolatrado
Próximo a sucumbir, ¡Virgen Sagrada!;
Protégelo, durante la jornada
Que recorre este pobre desterrado.

Detén, con tu bondad la ira sagrada,
¡Basta ya de dolor, y desventura!
Acábase ya el cáliz de amargura!
¡Madre! ¡más que otra madre idolatrada!

Cuenca, diciembre 26 de 1896

AMOR MATERNAL

Feliz el hombre que te ama,
Gloriosa Reina del cielo,
Y que busca su consuelo
En tu tierno corazón;
En ese faro piadoso
Que dirige al peregrino
En el oscuro camino
De la vida y el dolor.

Feliz quien te ama ¡Oh María!
Quien a ti su vida ofrece,
Y en cambio de amor merece
Recibir tu dulce amor;
Escucha el suave acento
De tu maternal ternura,
Y sentir que, de la altura,
Le prodigas compasión.

Si tu corazón de madre,
Amante como ninguno,
Amparo presta oportuno
Al huérfano en su dolor;
Antes que, el infausto día,
Quede solo en mi jornada
Te ruego, Virgen sagrada,
Mi vida la aceptes hoy.

Cuenca, mayo 22 de 1897

Luis Fidel Lazo

MI CORAZON

A

MARIA

Ante tus aras, María
Traigo el corazón, herido;
Cual el ave que ha perdido
En el bosque su mansión,
Amparo en tus aras busca,
Se escuda bajo tu manto,
Y al regar copioso llanto,
Madre, le anima tu amor.

Llega en tu bondad, confiado,
No le desoigas, María,
Y con cantos de alegría
Ensalzaré tu piedad:
Si de amor ensaya un himno,
Será un himno en tu alabanza,
Cual de guerrero que alcanza
Triunfo tras largo luchar.

Si en las sendas de la vida
Mi corazón ha vagado,
Quietud hallará a tu lado,
Hallará la dulce paz,
Y tus miradas de madre

Y tu célica sonrisa,
Cual amable y mansa brisa
Mi existencia encontrarán.

Mayo, 22 de 1897

Nicanor Vidal

Ante tus ojos, María
Trápa el corazón herido
Cual el ave que ha perdido
En el bosque su mansión,
Amoroso en tus brazos
Se acurda bajo tu mano,
Y al mirar copioso llanto,
Muerde la palma tu amor.

Llego en tu bondad confiado,
No le desfogas María,
Y con cantos de alegría
Escuchas tu piedad:
Si de amor cantara un himno,
Será un himno en tu alabanza,
Cual de guerra que alienta
Tuerto tras largo luchar.

Si en las tardes de la vida
Mi corazón ha vagado,
Quisiera hallarte a tu lado,
Hallarte la dulce paz,
Y tus miradas de madre

¡SALVE!

A LA VIRGEN DEL ROCIO

Salve, Virgen del Rocío,
Nuestro amparo y salvación;
Refugio de nuestras almas
Y solaz del corazón.

Salve estrella que disipas
De la vida las tormentas;
Astro lúcido que afrontas
La luz vivida del sol.
Apareces, tierna Madre,
De una colina en la altura
Trayendo vida y dulzura
Para el pobre pecador.

Torcaz bendita del cielo
Cautivada en propias redes,
Por colmarnos de mercedes
Y ampararnos ante Dios:
Agrupados nos encuentras
Aquí en torno a tu nido
Exhalado en un gemido
Toda el alma en oración.

En la grieta de esta peña
Que has trocado en tu capilla
De fieles turba sencilla
Hoy te eleva su clamor;
Como eleva sus perfumes,
Imitando una plegaria,

La fragante pasionaria
Que en tu altar su vida halló.

De tus manos se desprenden,
Cual rocío de los cielos,
Los raudales de consuelos
Y las gracias del amor.
Y si un pueblo desvalido
Llora ante Ti su indigencia,
Le regalas por herencia
Tu materno corazón.

Eres Madre que atalaya
Esperas a tus amados,
Escondida entre collados,
Cual silvestre y pobre flor,
Desde ahí a todas horas
Cariñosa nos vigilas
Y persiguen tus pupilas
Al que anhela tu favor.

Aquí al pie de tus altares
Que coronan las retamas,
Con más ternura nos amas
Que del cielo entre el fulgor;
La orfandad halla su asilo
Al llegar a tu santuario,
La indigencia, pan diario
Y el que sufre, compasión.

A tus planas nuestras flores
Semejan mullida alfombra;

Y es tan suave aquí la sombra
Que nos da tu protección,
Que en la noche y en el día
Cantaremos tu salterio,
Siempre prontos al imperio
De tu tierra y dulce voz.

Y, pues, cariñosa Madre,
Tu los cielos has dejado
Por vivir a nuestro lado
Prodigándonos amor;
Nunca dejes tu montaña
Hasta que luzca este día
De morar juntos, María,
En las cumbres de Sión.

¡Oh Señora, oh Virgen pura,
Corazón de dulce amor,
Libro de miel amarilla,
Te da mi filial cariño
Recibido en ternura.

Como presente precioso
Lo que en la vida me acompaña
Para verte, Virgen pura,
En la lid de mundo fiero
Ser niño bajo mi brazo.

Canción, mayo 21 de 1887

Juanito Pablo de Alvar

AMOR FILIAL

Quiero con dulces acentos
Cantarte, Virgen María,
Y entre férvida armonía,
Y entre plácidos concentos,
Rendirte mis pensamientos.

Aquí, al pie de tu santuario,
El humo del incensario
Hasta tu trono se eleva
Y entre sus aromas lleva
Las súplicas del Rosario.

¡Oh Señora, oh! Virgen pura,
Corazón de pobre niño,
Libre de cruel amargura,
Te da mi filial cariño;
Recíbalo tu ternura.

¡Cómo presentir pudiera
Lo que en la vida me espera!
Para vencer, Virgen casta,
En la lid del mundo fiera
Ser hijo tuyo me basta.

Cuenca, mayo 22 de 1897

Januario Palacios Abad

AMOR MATERNAL

Feliz el hombre que te ama,
Gloriosa Reina del cielo,
Y que busca su consuelo
En tu tierno corazón;
En ese faro piadoso
Que dirige al peregrino
En el oscuro camino
De la vida y el dolor.

Feliz quien te ama ¡oh María!
Quien a ti su vida ofrece,
Y en cambio de amor merece
Recibir tu dulce amor;
Escuchar el suave acento
De tu maternal ternura,
Y sentir que, de la altura,
Le prodigas compasión.

Si tu corazón de madre,
Amante como ninguno,
Amparo presta oportuno
Al huérfano en su dolor;
Antes que, en infausto día,
Quede solo en mi jornada
Te ruego, Virgen sagrada,
Mi vida la aceptes hoy.

Cuenca, mayo 22 de 1897

Luis Fidel Lazo

MI DOLOR A MARIA

Entre quejas te ofrezco, Madre mía,
De mi tierno laúd el primer canto.
Recibe los raudales de mi llanto,
Emblema de mi gran desolación.

Huérfano triste, sin ningún consuelo,
Vengo a desahogar sobre tu pecho
Mi corazón, en lágrimas deshecho,
De mi existencia solitaria flor...

No hallo solaz, sosiego, ni un instante,
¡Cuántos recuerdos vienen a mi mente!
Con el alma oprimida tristemente,
A los pies de la Virgen solo estoy.

Entre flores marchitas allí doblo
Mi frente de tristezas abrumada;
Un cirio enciendo; Imagen desdichada
De la fe que recrea el corazón!

La orfandad que aniquila mi existencia
Es, entre flores de carmín y gualda,
Mi fúnebre corona, la guirnalda
Que a tus plantas ves ¡Reina del dolor!

José Rafael Burbano Vázquez

A NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON

Acordaos, tierna Madre,
Que Jesús su Corazón
Lo ha dejado en vuestras manos
Para nuestra salvación.

Desterrados, sin consuelo,
Suspiramos viendo el cielo,
Nuestro Edén de promisión:
Venimos a Vos ¡María!
A Vos, ¡esperanza y guía
Del cautivo pecador!

En medio de nuestros males
El llanto corre a raudales,
Desfallece el corazón;
Y cual pródigos, de hinojos,
En nuestra senda de abrojos,
Os pedimos compasión.

Cuando a Dios nos acercamos
Y nuestras culpas lloramos
Demandándolo perdón:
—“Id a mi Madre, nos dice,
Que el Hijo siempre bendice
Cuando suplica su voz . . .

Cual pelicano sagrado
Fue mi pecho destrozado
En cruenta inmolación;



Y a mi Madre agonizante,
Entreguéle, en ese instante,
Para el hombre, el Corazón"—

Esperanza del que llora
Reina del mundo y Señora,
Ampárenos vuestro amor,
Y al partir de aqueste suelo,
Jesús nos dará su cielo
Si nos halla junto a Vos.

Cañar, mayo 31 de 1898

M. S. B.

A MARIA

Solo queda el Edén; sus habitantes
La ley abandonaron del Señor,
Y prófugos salieron, sin consuelo,
Deshecho de tristeza el corazón.

Compadecióse Dios del hombre ingrato
Y construyó para él un nuevo Eden:
El corazón de la admirable Virgen,
Do sus delicias tiene el alma fiel.

A Ella acude la madre desgraciada,
A Ella clama el marino en ancha mar,
El niño, el hombre, la mujer, la virgen,
Reciben tu ternura material.

Sublime es adorarte, Madre mía,
Con el amor de ardiente juventud:
Cantando te saludo; porque, el Angel,
De mis primeros años, eres Tú.

Cuenca, Mayo 23 de 1902

Alfredo R. Vera

FLORES

De tus ojos, alcancé una mirada,
¡Oh celestial Señora!
Como flor por los vientos deshojada
Yazgo a tus pies, ahora.

¡Glorias, honores!... ilusión fingida.
¡Ay! nada ven mis ojos.
En la árida pendiente de la vida,
No existe sino abrojos...

No dejes que se pierda mi barquilla,
Juguete de los vientos.
¿Por qué temer? Mi Madre está en la orilla
Y escucha mis lamentos.

Cuenca, mayo 31 de 1902

Luis C. León Bravo

UNA FLOR

Nada digno de ofrecerte
Tengo, Madre, en esta tierra;
Sólo llanto y amargura
Me han quedado para ofrenda.

Llena de dolor el alma,
Muerta la ilusión primera:
Madre sólo me han quedado
Recuerdos que me atormentan.

Acepta oh Reina, te ruego,
Este dolor, estas penas
Como espinas que entre flores,
A tus pies, vengo a ponerlas.

Llorando ahora, te pido,
Serás tú mi fortaleza,
Consuelo de mis pesares,
Guía y esperanza tierna.

Bien conoces Madre mía
Cuánto te ama mi alma enferma,
Y que mi pecho afligido
Tú bendición hoy espera.

Cuenca, Mayo 31 de 1902

Ricardo Márquez

MI AMOR A MARIA

Virgen bendita, celestial Señora,
Ante tu altar con humildad me postro;
Divina luz irradia de tu rostro
Y refleja en el pecho que te adora.

En tu mes canta el ave entusiasmada,
La flor su aroma riega en el ambiente
Y con dicha y con fe mi alma presente
Que conmigo estarás en la jornada.

Y es tan dulce el amor que te profeso,
Que este mes obliga a levantar un canto;
Pues, mientras todo amor da sólo llanto,
El que me brindas tú causa embeleso.

Amor y más amor tu nombre inspira;
En pago de ese amor hoy juro amarte;
Toda mi vida por amor cantarte,
Y al morir, a tus pies dejar mi lira.

Cuenca, Mayo 18 de 1902

Efrén Astudillo M.

MI CANTO A MARIA

En este mes de alegría
Mis tiernas voces levanto
Para ofrecerte, Maria,
Este pobre, primer canto.

Canto que de mi alma brota
Como el gorgojo, del nido;
Amante, tímida nota
Que exhalo de amor herido.

Como hijo pequeño, ¡cuántas
Súplicas hoy te hago! en tanto
Que deposito a tus plantas
Mi corazón y mi canto.

Que los aceptes espero
En tí puesta mi confianza
Y que, en cambio, me des quiero
Caridad, fe y esperanza.

Cuenca, Mayo 18 de 1902

Miguel A. Corral J.

A MARIA

Virgen bendita,
Reina del cielo,
¡Venga el consuelo!
¡Huya el dolor!
Tus tiernos hijos,
Los que hoy te honramos;
¡Cuánto te amamos!
Madre de amor.

Pura azucena,
Fúlgida luna
Tú mi fortuna,
Mi tierno amor,
Raudal fecundo
De poesía,
¡Ay! quién podría
Cantar tu loor.

Del triste mundo
Por el camino
Voy peregrino,
Pobre mortal;
Mas ¡Ay! los ojos
Alzo en el templo,
Y allí contemplo
Luz celestial.

Haz tu santuario
Dentro de mi alma;



Dame la calma,
Dame tu amor;
Tu amor y el mío
Fúndanse en uno,
Y amor ninguno
Será mejor.

Escucha tierna
Mi pobre acento,
Yo sólo intento
Loar a ti;
Madre amorosa
Virgen querida,
Vela mi vida,
Vela por mí.

Y cuando alegre
Mi vida acabe,
Libre cual ave,
Pueda volar;
Y allá en el cielo
Tu amor hermoso,
Pueda dichoso
Sin fin cantar.

Cuenca, mayo 31 de 1902

J. Francisco Moreno

FIN DE MAYO

Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!...

Bécquer.

* * *

Después de una fiesta,
Trasunto del cielo,
Del Mayo pasado,
El sol postrimero,
Fulgente, en las sombras
Se hundió del misterio,
Y oleadas de gente
Salieron del templo,
Dejando a la Madre
Del Dios prisionero,
De amores ansiosa,
Llorando en silencio;
Y al ver el contraste
Me dije gimiendo:
¡Qué sola se queda
La Reina del Cielo!

Cerraron las puertas,
Los goznes crujieron,
La lumbre apagóse
Del cirio postrero,
Y, apenas el humo

Y olor del incienso
Quedaron, sutiles
 Vagando en el templo;
Y, en cambio, las sombras,
 Fantasmas aéreos,
Cimborio y arcada
 Y naves cundieron;
Y, al rudo contraste,
 Me dije gimiendo:
¡Cuán sola se encuentra
 La Reina del Cielo!

De pronto, a torrentes
 La lluvia cayendo,
Entre aureas centellas,
 De brillo siniestro,
Graznidos de buhuos
 Y silbos del viento,
Poblaron el aire
 De extraño concierto,
Y a mi alma llenaron
 De pena y de miedo;
Y, en tanto, exclamaba:
 ¡Ay Reina del cielo!
¡Quedaste tan sola!
 ¡Quién fuera tu templo! . . .

De nuevo, María,
 El día postrero
De Mayo ha venido,
 Con búcaros llenos
De flores, y dulces

Cadencias del cielo,
A embriagar de dicha
Y amores el pecho;
Mas, ¡ay! cuán fugaces
 Las fiestas del suelo:
Ya el sol reverbera,
 Traspónese lento,
Y ya de los sonos
 Del bronce los ecos
Se pierden distantes,
 Y calla el concierto,
Y vanse las gentes,
 Y ciérrase el templo,
Y cunde en el alma
 Mortal desconsuelo.
¡María!, ¡María!
 Ay! cuándo veremos
Un sol sin eclipse
 ¡Y Mayos eternos!...

Cuenca, mayo 31 de 1903

Nicanor Merchán

MADRE MIA

De mis padres al abrigo
En otros Mayos, ¡oh dicha!
Ofrendábate las flores,
Las flores del alma mía.

Pero, ya son idos ellos
Lejos de mí, tan arriba,
Y todo es dolor y llanto
En mi corazón, María.

Mas, al irse me dijeron,
Que las flores de mi vida
Deshojara siempre en Mayo
Bajo tus plantas benditas.

Por eso, vengo en su nombre
A ofrendarme, flor marchita,
Entre escombros y entre tumbas:
No me rechaces, ¡María!

Mis afectos yo te traigo;
Aunque entre penas y espinas,
Y empapados en mi llanto,
Madre ¡acéptalos benigna!

Y, si antes, ya te llamaba
¡Madre!, en mis mejores días,
Huérfano, tengo derecho
A llamarte, Madre mía!

Cuenca, mayo 17 de 1903

Honorato Serrano Arévalo

MI OFRENDA A MARIA

Ayer, ante tus aras prosternado,
Te consagré, ¡oh Madre!, una flor sagrada:
La que brota al calor de la inocencia,
Aquella que del cielo trae el alma.

Y hoy, del mundo en el árido desierto,
Oculto vivo, como humilde planta
Que, al arreciar los vientos del estío,
Quejas arranca de sus mustias ramas.

El canto que hoy modulo en tus altares
Es del alma la tímida plegaria.
Acógela, es el llanto del que vive
Ausente, lejos, de la eterna patria.

En la contienda, Tú serás mi escudo,
Mi perenne fanal y mi esperanza;
Salvaré de la vida los escollos
Bajo tu amparo, Madre idolatrada.

Si por las olas de la mar bravia,
Boga sin rumbo mi experta barca;
Si le azota el furor de la tormenta,
Cúbrele cariñosa con tus alas.

Y si en mi alma, que es tuya, Virgen Madre,
Las tempestades del dolor estallan,
En medio de esos negros horizontes,
Alúmbrame, cual sol, Madre adorada.

¡Adiós! Ayer te di mi flor primera,
Hoy, temblando de amor, dejo en tus aras,
Como una prenda de filial recuerdo,
Con nuevas flores, mis primeras lágrimas.

17 de mayo de 1903

HIMNO A LA VIRGEN DEL ROCIO

Envía del cielo,
¡Oh Madre de Dios!
Rocío fecundo
De gracia y de amor.

Oh Virgen excelsa
Del hombre contento,
Del cielo ornamento,
Delicia de Dios,
Escucha clemente,
Al fiel peregrino
Que va de camino
A un mundo mejor.

Al pie de tus aras
Humilde me postro;
Mil penas mi rostro
Revela a tu amor,
Y siempre a tus plantas
Encuentro consuelo;
Pues viertes del cielo
Amparo y favor.

Yo busco un abrigo,
Y dentro tu pecho,
En llamas deshecho,
Hallo un Corazón;
Corazón de Madre
De amores heridos

Que en cada latido
Nos da nuevo don.

Oh Madre, tú eres
El árbol de vida
Que a todos convida
Sus frutos de amor;
Jardín do se oculta
El Verbo humanado,
Jardín cultivado
Por el mismo Dios.

Tu eres en el cielo
La misma belleza,
Candor y pureza,
Reflejo de Dios,
Por esto los ángeles
Te ensalzan con cantos,
Los coros de santos
Te elevan su voz

Eres en la tierra
La misma hermosura,
Toda eres dulzura,
Toda corazón.
Por esto los hombres
Te elevan altares,
Tu nombre en los mares
Es dulce canción.

Los cielos te brindan
Conciertos divinos,

El ave sus trinos,
Perfumes la flor.
Las fuentes murmullos,
Las brizas aroma,
Su voz la paloma,
El hombre su amor.

Apenas del hombre
La plegaria sube,
Se extiende cual nube
Tu manto de amor;
Cual nube que vierte
Rocío de dones
En los corazones
Que vuelven a Dios.

Brillantes estrellas
Forman tu corona,
Y el cielo pregona
Tu bello esplendor
El sol encendido,
Los astros fulgentes,
Te dan reverentes
Tributos de amor.

El campo te debe
Su rica abundancia,
La flor su fragancia,
La hierba el verdor;
Los seres vivientes
Su caro sustento,
Y el hombre el contento
La paz y el amor.

I N D I C E

	<u>Páginas</u>
Pórtico. José Cuesta Heredia	7
Adiós al mes de María. Anónimo	15
A María Santísima. Anónimo	17
Mi pobre ofrenda. V. Octavio Cordero	19
A María. Rosendo López	21
A mi Madre. Rafael Aguilar	23
El huérfano. Luis T. Crespo	25
A María. Miguel Vélez	27
Mi lamento. Eloy Abad	29
Plegaria. Juan J. Ramos	31
Mi Salve a María. Antonio Pozo	33
A María. José Miguel Rodríguez	37
A María. Miguel Romero G.	41
Recuerdos. Manuel S. Landín	43
Esperanza Nuestra. U. Ch. M.	45
La Esclava de María. Anónimo	47
La Salve del Peregrino. Anónimo	51
Amor maternal. Luis Fidel Lazo	53
Mi corazón a María. Nicanor Vidal	55
¡Salve!. Anónimo	57

Amor Filial. Januario Palacios Abad	61
Mi dolor a María. José Rafael Burbano V.	65
A Nuestra Señora del Sagrado Corazón. M. S.B.	67
A María. Alfredo R. Vera	69
Flores. Luis C. León Bravo	71
Una Flor. Ricardo Márquez	73
Mi amor a María. Efrén Astudillo M.	75
Mi Canto a María. Miguel A. Corral J.	77
A María. J. Francisco Moreno	79
Fin de Mayo. Nicanor Merchán	81
Madre Mía. Honorato Serrano Arévalo	85
Mi ofrenda a María. Anónimo	87
Himno a la Virgen del Rocío. Anónimo	89

ROSAS DE MAYO, se terminó de imprimir el día 29 de Mayo de 1979, siendo Rector de la Universidad de Cuenca, el Ing. Mario Vintimilla Ordóñez, Director del Departamento de Difusión Cultural, el Lcdo. José Edmundo Maldonado S., y Regente de los Talleres Gráficos el señor Luis Muñoz López.



El último día de Mayo del Año
del Señor de mil novecientos
setenta y nueve se solemnizó
gaya y pomposamente, por
septuagésima sexta oca-
sión en Santa Ana de
los Ríos de Cuenca,
la Fiesta de la
Madona de la
Universidad,
quien a
trueque
de la
divina
dulzura
de sus ojos
se alza sobre un
trono de corazones y
de flores que a sus plantas
riman el poema de ventura y gracia.

CUENCA—ECUADOR MAYO DE 1979

Centro de Documentación "Juan Bautista Vazquez"



043537